

El Rubicón de George Orwell

Título: Hispanomanía: con un Prólogo para franceses

Autor: Tom Burns Marañón

Edición: Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2014

Juan HERNÁNDEZ ANDREU

Universidad Complutense de Madrid

Galaxia Gutenberg acaba de reeditar *Hispanomanía*, obra del hispano-británico Tom Burns Marañón, que en esta edición añade un “Prólogo para franceses” con la inclusión de autores galos, como Théophile Gautier o Maurice Legendre, a su nutrida lista de *curiosos impertinentes* británicos. El libro tiene gran interés. Además de su actualidad, ofrece una magnífica prosa analítica, con aportaciones biográficas de alcance antropológico social.

Destaco también la bibliografía y la esmerada erudición del autor de la obra, propia de un aventajado postgraduado de la Universidad de Oxford, discípulo del ecuaníme historiador Raymond Carr, que en su día aportó una renovada interpretación histórica de la España contemporánea, siendo amigo y admirador de Jaume Vicens Vives.

Tom Burns dedica el último capítulo de su obra a la figura de George Orwell, personaje que atrae poderosamente la atención por su viveza intelectual, política y testimonial de la guerra civil española, que narra en su famoso libro *Homenaje a Cataluña*. Se había educado en Eton (su nombre real era Eric Blair y George Orwell un seudónimo), sobre todo por sus méritos académicos y luego se iría a mantener el orden en el Imperio como oficial de las fuerzas de seguridad en Birmania, declarándose después en contra del *establishment*.

Al poco de casarse, Orwell, con 34 años de edad, se trasladó a España con recomendaciones de amigos suyos militantes en Londres de un reducido grupo político llamado el *Independent Labour Party* (ILP), que mantenía relaciones fraternales con el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), con la convicción de que la Revolución en España era “algo por lo que merecía la pena luchar”. Su mujer, Eileen, que también vino con él, trabajaría en Barcelona para el ILP.

Orwell, como es sabido, se alistó inmediatamente a la milicia del POUM y después de estar en el frente de Aragón, durante más de tres meses, se fue a Barcelona a comienzos de mayo de 1937, siendo testigo ocular, a lo largo de tres días y tres noches, de la lucha callejera por el poder entre los comunistas catalanes. Su particular observatorio fue el tejado del teatro Poliorama en la Rambla, siendo su misión la defensa de la sede del POUM, que se hallaba frente al teatro; de este modo, “se convirtió en testigo privilegiado de una situación surrealista, absurda y, en su caso, definitoria” para el libro que escribió después de su breve estancia en una España en llamas, el cual constituyó la principal narrativa de la guerra civil para el mundo anglosajón.

Orwell, advierte Burns, simplifica los hechos. Sin duda; pero en último análisis, se trataba de la rivalidad entre los comunistas catalanes, entre el PSUC por un lado y la CNT y el POUM, por otro. El PSUC estaba integrado por milicianos comunistas del *Partit Socialista Unificat de Catalunya* que luchaban contra los miembros de la CNT y del POUM, refugiados en la sede de Telefónica de la plaza Cataluña. Según Orwell, desde el principio hasta el final la lucha fue provocada por los comunistas, pero “la sibilina máquina propagandística del Komintern engañó la opinión pública con su versión de los hechos”.

Lluís Companys entonces era el Presidente de Cataluña y quiso restablecer el orden burgués, contando con el apoyo del PSUC y de los directivos de la CNT que formaban parte de la Generalitat. Las organizaciones obreras de la CNT, representadas por los ocupantes del edificio Telefónica, fueron abandonadas a su suerte y a la poca ayuda que podía proveerles un POUM que ya tenía sus días contados, siendo asesinado su máximo dirigente, el catalán Andreu Nin, después de terribles torturas, en una cárcel secreta de Alcalá de Henares, por orden del jefe soviético, Alexander Orlov, del infame Comisariado Popular para Asuntos Internacionales, al estilo de la víctimas estalinistas en los procesos de Moscú. El orden burgués fue finalmente restablecido por

los guardias de asalto enviados desde Valencia por el gobierno de la República, condicionando la soberanía de acción de la Generalitat.

Orwell y Eileen, ya en clandestinidad, salieron para Port Bou el 23 de junio de 1937, con las debidas precauciones para no ser descubiertos por los representantes del orden burgués, que pretendían su caza y captura. Escribe Orwell con elevada ironía: “pasar por burgueses fue nuestra salvación”.

Otros brigadistas británicos corrieron distinta suerte, como fueron los casos, entre otros miles, de Julian Bell y de John Cornford, compañeros universitarios graduados en Cambridge que vinieron a España a luchar contra el fascismo. Conforme a un amplio relato de Tom Burns, el primero murió en el frente al cabo de un mes de su llegada y el otro regresó a Inglaterra después de luchar en el frente de Córdoba. Bell era uno de los doce miembros de un selecto club de Cambridge llamado los Apóstoles, donde Keynes había sido directivo y conservaba su derecho a asistir a las reuniones.

Bell había roto con el pacifismo que proclamaba el grupo de Bloomsbury, al que pertenecían, como es sabido, Keynes y Virginia Woolf, que además era tía de Bell. Cornford militaba en el partido comunista inglés y contaba entre sus antepasados ilustres a Charles Darwin. Según Burns Marañón estos universitarios eran descendientes intelectuales de británicos como Robert Boyd, quien cien años antes había sido fusilado junto a Torrijos, en Málaga, en defensa también de las libertades en España y en contra del absolutismo de Fernando VII.

Virginia Woolf lloró amargamente la muerte de su sobrino y no supo aceptar su fatal desenlace, sin dejar de preguntarse “¿por qué lo hizo?” No obstante, el triste “encuentro” de Bell no parece contradecir las expectativas del brigadista, quien confesó a la enfermera que le atendió en San Lorenzo de El Escorial, donde fue trasladado, herido ya de muerte en el frente de Brunete, que había conseguido sus dos deseos vitales: tener una amante y estar en una guerra. Murió balbuciendo, en francés, versos de Baudelaire, el 18 de julio de 1937.

Claro está, el trágico encuentro de Bell con la guerra civil careció, aparentemente, de la amargura de la experiencia de Orwell, que murió solitario muchos años después en una isla de las costas británicas, habiendo publicado ilustrativos libros. Después de su experiencia en Cataluña, su hostilidad sin fisuras hacia el comunismo no tuvo que ver con una u otra estrategia política y militar; por el contrario, se fundó en el compromiso que siempre tuvo con la decencia y la verdad, con la estética y la ética.

Concluye Tom Burns: “España le dio muchos sinsabores a un Orwell que se los buscó a conciencia y recibió a cambio *Homenaje a Cataluña*. España, el país que según el canon de los *curiosos impertinentes*, no sabe de medias tintas, le ofreció también a Orwell un Rubicón y el tuvo la grandeza de cruzarlo. El autor se llevó *Homenaje a Cataluña*, la mejor parte en el trueque”.